

Primera parte

1. Científicos ermitaños ¹

«La creación de la dianética constituye para el hombre todo un hito comparable al descubrimiento del fuego y superior a la invención de la rueda y del arco arquitectónico». Con esta modesta frase abre L. Ron Hubbard su libro *Dianetics: The Modern Science of Mental Health* (Dianética: ciencia moderna de la salud mental).

Ingeniero y escritor de ciencia ficción sin *status* alguno dentro de la psiquiatría, ha creado lo que él y sus seguidores consideran toda una ciencia revolucionaria de terapia mental. La dianética amenaza con convertirse en un culto de amplias proporciones, especialmente en Los Ángeles, y figuras académicas tan distinguidas como Frederick L. Schuman, profesor de ciencia política en Williams College, se han constituido en entusiastas conversos. En una carta dirigida a *New Republic* (11 de septiembre de 1950) protestando contra una reseña poco favorable a *Dianética*, Schuman escribió: «No el libro, sino la reseña es una “completa tontería”, un “sistema paranoico” y un “fantástico absurdo”. Nadie que no la haya probado puede considerarse una autoridad en materia dianética. Todos los que así lo hayan hecho no albergarán duda alguna con respecto a quién es el que aquí se equivoca».

No es necesario profundizar en el peculiar mosaico de mitos que constituyen el núcleo fundamental del libro de Hubbard; basta con señalar de pasada que resucita la antigua superstición de que las experiencias de la madre gestante pueden impresionar la mente del feto desde el día siguiente a su concepción. «¿Qué es la tos crónica?» pregunta Hubbard en su primer artículo publicado sobre la dianética (*Astounding Science Fiction*, mayo, 1950), a lo que más adelante responde: «Corresponde a la tos de su madre que comprimió al bebé en su anaten [término utilizado por Hubbard para referirse a inconsciencia; derivado de las palabras

analítico y atenuación] cinco días después de la concepción... ¿Qué es la artritis? Una lesión fetal o daño causado al embrión». Y así sucesivamente *ad nauseam*.

Algunos meses antes de que se produjera la revelación de Hubbard, la Macmillan Company publicó *Worlds in Collision* (Mundos en colisión) del Dr. Immanuel Velikovsky. Este libro reúne toda una masa embarullada de datos que respaldan la disparatada teoría de que un cometa gigante procedente del planeta Júpiter había pasado cerca de la tierra en dos ocasiones, asentándose finalmente como lo que hoy conocemos por el nombre de Venus. La primera visita a la tierra de este cometa errante correspondía precisamente al momento en que Moisés extendió su mano y dividió las aguas del Mar Rojo. El maná que cayó del cielo poco después no era sino un precipitado, afortunadamente comestible, de elementos suspendidos en la cola del visitante celestial. Posteriormente, el regreso del cometa coincidió con el intento con éxito de Josué de detener el sol y la luna. Estos milagros de Moisés y Josué fueron producto, según nos informa Velikovsky, de una interrupción temporal de la rotación de la tierra.

Aunque la obra de Velikovsky no es más que un entramado de absurdos, y así lo han reconocido todos los geólogos y astrónomos del país, resulta asombrosa la cantidad de comentaristas de este libro a las que ha cogido desprevenidos la persuasiva retórica del autor. John J. O'Neill, editor científico del *New York Herald Tribune*, describió el libro como «una pieza magnífica de investigación histórica erudita». Horace Kallen, distinguido educador y escritor, manifestó: «*Me llenan de admiración el vigor de la imaginación científica, la audacia de la construcción y el alcance de la investigación e información*». Ted Thackrey, editor del *New York Compass*, sugirió que los descubrimientos de Velikovsky «*bien pueden situarse en la historia contemporánea y futura al lado de Galileo, Newton, Kepler, Darwin, Einstein...*». Y asimismo, el libro en cuestión, fue objeto de entusiasta aprobación por parte de Clifton Fadiman y Fulton Oursler.

A la vista de las asombrosas cifras de ventas de los libros de Hubbard y Velikovsky, ambos absolutamente carentes de mérito científico alguno, podemos

preguntarnos si es que acaso nos estamos adentrando en una era de informes científicos fantásticos e irresponsables. Quizá la indicación más alarmante de esta tendencia sea la aceptación, actualmente tan extendida, de la teoría de que los platillos volantes son naves procedentes de otro planeta. La revista *True* lanzó la idea de que estos discos estaban pilotados por marcianos, pero el reciente *best-seller* de Frank Scully, *Behind the Flying Saucers* (Tras los platillos volantes), argumenta de forma elaborada que se desplazan hacia nosotros a la velocidad de la luz pilotados por habitantes de Venus, que son duplicados exactos de los terrícolas a excepción del detalle de que su media de estatura no alcanza el metro.

Aunque se puede censurar a los editores de libros y revistas la impresión de tonterías tan increíbles sin una evaluación previa a cargo de científicos competentes, la causa primera de este nuevo florecimiento de la pseudociencia parece obedecer a cierta hambre de noticias científicas sensacionalistas por parte de un público crédulo. El éxito repentino de la investigación atómica, hasta ahora tema protagonista de la ciencia ficción, representa desde luego un factor importante en esta tendencia. Nada parece habernos sorprendido tras la división del átomo. Además, la angustia generalizada que tiene su origen en el temor a una guerra atómica, junto con otros factores, parece estar enfocando las mentes de innumerables personas asustadas hacia la religión y la terapia mental. No resulta difícil entender que las masas se sientan atraídas por la dianética, que ofrece un acercamiento al psicoanálisis rápido, relativamente barato y sin problemas; o el generalizado interés por las teorías de Velikovsky, que restablecen la precisión histórica del Antiguo Testamento de cara a los católicos, protestantes y judíos.

Y ¿qué hay de los autores de estas dos obras maestras de pseudociencia? ¿Son embusteros profesionales, en busca de un dinero sucio, o son sinceros y creen realmente en sus teorías? En el caso de Velikovsky, esto último es incuestionablemente cierto. De vez en cuando aparece un bulo minuciosamente elaborado que vuelve loco al público durante algún tiempo, como sucedió por ejemplo con el famoso Buló de la Luna del *New York Sun* en 1835, pero estas

bromas duran poco y en seguida son descubiertas. Sin embargo, bien diferente es la labor del científico autodidacta, incompetente en su campo, pero que vive bajo una ilusión de grandeza y guiado por impulsos inconscientes hacia la creación de excéntricas teorías de increíble complejidad e ingenuidad.

Cuando la ciencia del Renacimiento empezó a liberarse de sus sesgos metafísicos, se convirtió en regla más que en excepción para sus intrépidos pioneros el ver cómo sus obras eran objeto de escarnio por parte de sus colegas. Galileo tuvo que batallar no solamente con las autoridades eclesiásticas, sino también con otros científicos a los que preocupaba más Aristóteles que lograr una determinación experimental del comportamiento del mundo. Sin embargo, a medida que declinaba la autoridad de Aristóteles, la oposición a las ideas nuevas en materia de ciencia empezó a confinarse cada vez más a aquellas áreas donde la ciencia chocaba con la doctrina cristiana. A partir de comienzos de nuestro siglo, incluso este área de conflicto ha quedado notablemente reducida, y la oposición generalizada de los científicos a una teoría legítima, basada en evidencia verificable y en un razonamiento convincente, resulta cada vez más rara. Para un científico contemporáneo, a menudo la forma más rápida de adquirir fama consiste en echar por tierra una teoría ampliamente aceptada. El trabajo de Einstein sobre la relatividad constituye una ilustración excelente de la facilidad con que una hipótesis revolucionaria puede encontrar inmediatamente una respuesta seria, una minuciosa contrastación y una aceptación definitiva. Desde luego hay excepciones, y siempre hay áreas fronterizas donde la evidencia confirmadora continúa siendo tan discutible como para dejar ciertas teorías excéntricas en situación de legítima polémica (por ejemplo, el trabajo de Sheldon sobre los tipos corporales y grandes secciones de la psiquiatría). Pero la ciencia de hoy siente menos simpatía, si es que siente alguna, por las hipótesis grotescas.

Fuera, y bastante al margen del proceso cooperativo de comunicación y contrastación que funciona constantemente dentro de toda rama de la ciencia, se encuentran los científicos solitarios, aislados, ermitaños. Cuando su conocimiento

es escaso y su coeficiente intelectual bajo —como en el caso del desaparecido Wilbur Glenn Voliva de Zion City, Illinois, quien creía que la tierra tenía forma de bizcocho— rara vez logran un seguidor entre el público en general y adquieren fama de chiflados. Cuando son víctimas de impulsos paranoides suficientemente intensos, pueden ser confinados en instituciones mentales, donde pasan su vida perfeccionando máquinas de movimiento perpetuo y métodos para la trisección de ángulos, o escribiendo ilegibles tratados neologistas sobre los secretos internos del universo.

Sin embargo, de vez en cuando una paranoia benigna se combina con un intelecto brillante y creativo. En estos casos, la fe del científico autodidacta en su propia grandeza, junto con su tendencia a interpretar la falta de reconocimiento que padece como una forma de persecución a cargo de obstinadas autoridades llenas de prejuicios, de hecho le excluye del toma y daca social del proceso científico. Se retira como un ermitaño a su laboratorio o estudio, para emerger después con tomos de vasta erudición, normalmente escritos en una completa jerga de frases y términos inventados. En torno al «maestro» se arracimará un grupo de ardientes admiradores —o bien discípulos cuyas propias exigencias psicológicas se identifiquen con las del «maestro», o bien simplemente devotos ingenuos que carezcan de conocimiento para penetrar en los autoengaños del «maestro».

Las obras clásicas del género de la pseudociencia pueden agruparse a grandes rasgos en dos clases: aquellas cuyo propósito fundamental es la racionalización de un dogma religioso (como la defensa de Velikovsky de la interpretación judía ortodoxa de la historia del Antiguo Testamento) y las teorías no religiosas (como la de Hubbard), que constituyen un producto puro de la incompetencia científica del autor. Como ya hemos comentado, y seguiremos comentando, las fantásticas ideas de Velikovsky y Hubbard, puede resultar interesante examinar las obras de otros dos científicos ermitaños, uno religioso y otro no religioso, cuyas teorías contemporáneas se asemejan en muchas cosas a las de Hubbard y Velikovsky, pero que constituyen ejemplos incluso más ingeniosos de autoengaño científico. Cuando

las analicemos, quizá captemos parte de la pretenciosa atmósfera y del regusto paranoide que invade a dichas obras.

Para ilustrar la racionalización del dogma religioso por parte del científico ermitaño, no podemos encontrar mejor ejemplo que las impresionantes especulaciones geológicas de George McCready Price. Según *Who's Who* (¿Quién es quién?), Price actualmente se encuentra ya retirado de sus funciones como profesor de geología en el Walla Walla College, una escuela adventista del Séptimo Día de Washington. Se enorgullece de su distinción como el último, y quizá el más grande, de los oponentes protestantes a la evolución.

Las ideas de Price a este respecto se encuentran expuestas y desarrolladas en *The New Geology* (La nueva geología), un voluminoso libro de texto editado en 1923; su enfoque de la cuestión aparece aquí tan minuciosamente razonado, que son miles de fundamentalistas protestantes los que lo aceptan todavía hoy como la última palabra sobre el tema, e incluso el lector escéptico encontrará difícil refutar su teoría si no dispone de un considerable bagaje de conocimientos en materia de geología.

El núcleo central de la objeción de Price a la paleontología tradicional puede exponerse en pocas palabras. Según señala Price, la evidencia más importante a favor de la evolución es el hecho de que los fósiles han pasado de formas simples a otras más complejas a medida que nos desplazamos de estratos geológicos más antiguos a otros más jóvenes. Desgraciadamente, no existe ningún método adecuado para establecer las edades de los estratos si exceptuamos los fósiles que contienen. Así pues, nos hallamos envueltos en un círculo vicioso: se acepta la teoría de la evolución con el fin de clasificar los fósiles en orden evolutivo; los fósiles se emplean para establecer la edad de los yacimientos; y, precisamente, la sucesión de fósiles de estratos «viejos» a «jóvenes» se cita como «prueba» de desarrollo evolutivo.

Price opina que todos los yacimientos fueron depositados simultáneamente por el Diluvio Universal que describe el Génesis, y que a su vez fue originado por una

perturbación astronómica que envió una marea enorme en torno a la tierra. Los fósiles son los registros de la flora y la fauna antediluviana. (A propósito, hay que aclarar que la teoría diluviana de los fósiles posee una larga y distinguida historia, habiendo sido defendida por autoridades tales como Filón, San Juan Crisóstomo, Tertuliano, San Agustín, San Jerónimo, Martín Lutero, e innumerables científicos de los siglos dieciocho y diecinueve. Addison incluso compuso una oda en latín a dicha teoría). De ser esto cierto, en afloramientos donde aparecen en un mismo lugar varios yacimientos con sus correspondientes fósiles, se podría esperar que dichos fósiles se encontraran en orden inverso al evolutivo tantas veces como en este último. Esto, declara Price, es precisamente lo que sucede, y dedica muchas páginas de sus libros a descripciones de áreas «patas arriba». Para explicar estos desconcertantes yacimientos, afirma Price, los geólogos tradicionales inventan fallas y pliegues imaginarios. Sobre este punto, he aquí una muestra del divertido estilo de Price:

apenas existe una sección geológica artificial efectuada en estos últimos años que no contenga una o más de estas «fallas acostadas», o «derrumbes». Pero lo realmente importante, y que no debemos olvidar a propósito de este punto, es el hecho de que únicamente porque los fósiles que se encuentran aparecen en el orden de secuencia incorrecto se consideran necesarios tales artilugios —artilugios que, como ya ha sido sugerido en expedientes similares a la hora de dar explicación a la evidencia, merecen la misma categoría que los famosos «epiciclos» de Ptolomeo, y algún día se demostrará.

Sería un error considerar el conocimiento científico de Price al mismo nivel que, digamos, el de William Jennings Bryan. Lo que sucede es que Price fue citado como autoridad geológica máxima por Bryan durante el famoso juicio de Scopes. Sus libros están bien escritos, llenos de impresionante erudición, así como de indiscutible evidencia de información geológica sólida. Por supuesto, son

racionalizaciones de la interpretación fundamentalista protestante del Antiguo Testamento, lo mismo que el libro de Velikovsky es una racionalización del judaísmo tradicional; pero la motivación religiosa a duras penas es suficiente como para obligar a un hombre de la inteligencia de Price a desempeñar el curioso papel que de hecho ha desempeñado. Otro tipo de impulsos mandatorios afloran cuando hace referencia a su triste tarea de «reformular la ciencia de la geología casi con una sola mano», y en pasajes como éste:

Hace veinte años, cuando empecé a realizar alguno de mis descubrimientos revolucionarios en materia de geología, me vi ante la necesidad de afrontar el problema que planteaba la presentación de estas nuevas ideas al público. Y únicamente tras comprobar que se me negaban los canales regulares de publicación, decidí utilizar las muchas otras puertas que se me abrían. Quizás cometí un error. Quizás debí haber tenido más respeto a la etiqueta de la pedantería científica, y debí haber permanecido sombrero en mano ante las puertas de las editoriales que más de una vez se cerraron en mi cara. Pero me decidí por lo contrario, cargando con todas las consecuencias; y todavía no he encontrado ninguna razón para pensar que realmente me equivoqué. Algún día puede que se ponga de manifiesto que el corrillo reinante de científicos «respetables» nunca ha tenido el monopolio de los hechos de la naturaleza.

Pero ya basta de hablar de Price. Pasemos a un científico más pintoresco, cuya obra se ha convertido recientemente en un auténtico culto entre los intelectuales más bohemios de Nueva York y otros puntos: el psiquiatra Wilhelm Reich. Lo mismo que la dianética de Hubbard, la «terapia orgónica» de Reich carece de conexión con dogma religioso alguno y se presenta simplemente como un descubrimiento revolucionario en materia de biología y psicología.

Reich comenzó su curiosa carrera en Austria como freudiano ortodoxo, pero más tarde rompió con los psicoanalistas, fundando su propia casa editorial en Alemania

en el año 1931. Así mismo, se separó del Partido Comunista Austriaco, donde había militado en la misma célula que el escritor Arthur Koestler². Cinco años después, Reich abrió un instituto en Oslo, donde fue objeto de furiosos ataques por parte de biólogos escandinavos que insistían en que sus conocimientos no alcanzaban el nivel de un alumno en vísperas de su graduación. Expulsado de Noruega, llegó a Nueva York en 1939 invitado por el Dr. Theodore P. Wolfe, profesor asociado de psiquiatría de la Universidad de Columbia, y dio clases durante un breve período de tiempo en la New School for Social Research (Nueva Escuela de Investigación Social) de Nueva York. Actualmente dirige una editorial en Greenwich Village, así como unos laboratorios de investigación en Forest Hills, Nueva York, y Organon, Maine.

En la obra más conocida de Reich, *La función del orgasmo*, él se compara a Peer Gynt, es decir, al genio no convencional, desfasado con respecto a la sociedad, incomprendido, ridiculizado. La sociedad cree reír la última, escribe Reich, hasta que Peer Gynt demuestra estar en lo cierto. En su última publicación, *Listen, Little Man* (Escucha, hombrecito), 1949, Reich se compara a sí mismo con figuras perseguidas como Jesús y Karl Marx. «Cualquier cosa que me hayáis hecho o que me vayáis a hacer en el futuro —declara—, ya sea glorificarme como genio o ingresarme en una institución de salud mental, ya sea adorarme como vuestro salvador o ejecutarme como a un espía, más tarde o más temprano la necesidad os obligará a comprender que *yo he descubierto las leyes de la vida...*»

En 1948 el Orgone Institute de Reich publicó un folleto del Dr. Wolfe titulado *Emotional Plague versus Orgone Biophysics* (Plaga emocional versus biofísica orgónica). El propósito de dicho folleto aparece expuesto en la portada:

Desde comienzos de 1947 viene desarrollándose una depravada campaña de calumnia y distorsión dirigida contra Wilhelm Reich y su obra. No es necesario decir cuál es su objetivo. Esta campaña no se ha limitado a artículos de revistas y periódicos, sino que incluso se halla implicada en ella una agencia del gobierno de los Estados Unidos.

Los signos fundamentales de esta «plaga emocional» (término que emplea Reich para referirse a la campaña de calumnias) son dos artículos de Mildred Brady, uno publicado en *Harper's* (abril, 1947) y el otro en *The New Republic* (26 de mayo, 1947). La agencia del gobierno no es otra que la Food and Drug Administration, que en aquella época investigaba los «acumuladores orgónicos» de Reich. Estos son unas grandes cajas de madera por fuera y metal por dentro. Los pacientes las alquilaban en el Instituto, se sentaban dentro de ellas para acumular su potencial orgónico absorbiendo la inmensamente elevada concentración de energía orgónica de la caja (una energía radiante no electromagnética procedente del espacio exterior que Reich descubrió en Noruega en 1939). «El acumulador orgónico es el descubrimiento más importante de la historia de la medicina sin excepción», escribe Wolfe.

Resulta revelador este párrafo de una carta de Reich, publicado asimismo en el mencionado folleto:

Se trata de una vieja historia. Es más vieja que los antiguos griegos, a quienes consideramos portadores de una cultura floreciente... No era diferente hace dos mil años. Giordano Bruno, que luchó por el conocimiento científico y en contra de la superstición astrológica, fue condenado a muerte por la Inquisición. Se trata de la misma pestilencia psíquica que emitía Galileo para la Inquisición, que condujo a Copérnico a la miseria, que dio con Leeuwenhoek en la cárcel, que hizo enfermar a Nietzsche, y que envió al exilio a Pasteur y a Freud. Se trata de la indecente y vil actitud de los contemporáneos de todas las épocas. Creo que esto debe decirse claro, y de una vez por todas. No es lícito entregarse a tales manifestaciones de pestilencia.

Una palabra más sobre la energía orgónica. Reich considera su descubrimiento comparable a la revolución copernicana. La ausencia de aceptación de aquél por

parte de otros psiquiatras no es, por supuesto, sino «resistencia a un nuevo concepto»³. En *Análisis del carácter* interpreta el *Id* de Freud como la acción de la energía orgónica en el cuerpo. Según Reich, esta energía proporciona a la psiquiatría una base biológica y física, y seguir operando con los viejos impulsos freudianos es como tratar de beber un vaso de agua desde su imagen reflejada en un espejo. En *La función del orgasmo* describe la energía orgónica como de color azul (nos dice Wolfe que ha sido fotografiada en película Kodachrome), y añade que es responsable de la aurora boreal, del fuego de San Telmo, de la luz del día, del azul del cielo, de las perturbaciones eléctricas que tienen lugar durante la actividad de una mancha solar, y de la coloración azul de las ranas sexualmente excitadas. «Las formaciones de nubes y las tempestades con truenos —escribe Reich—, fenómenos que hasta la fecha nadie ha conseguido explicar, dependen de cambios en la concentración atmosférica de orgón.» En 1947 Reich medía dicha energía con un contador Geiger.

Resulta interesante destacar, de paso, que Reich también atribuye el centelleo de las estrellas a la energía orgónica. Otro científico ermitaño, el Dr. William H. Bates, en su obra médica *Cure of Imperfect Eyesight by Treatment Without Glasses* (Curación de la visión imperfecta mediante tratamiento sin gafas) dijo esto otro acerca del mismo tema:

La idea de que las estrellas centellean ha sido utilizada en la canción y en la literatura, y goza de aceptación general como parte del orden natural de las cosas, pero se puede demostrar que ese supuesto centelleo es simplemente una ilusión de la mente...

El hecho de que las personas que padecen de visión imperfecta normalmente vean a las estrellas centellear, no quiere decir necesariamente que éstas lo hagan. Por lo tanto, es evidente que la tensión que causa el centelleo es diferente de la que causa el error de refracción. Si se puede mirar hacia una estrella sin tratar de verla, entonces no centellea... Por otra parte, se puede

conseguir que los planetas, incluso la luna, centelleen, siempre que se haga el esfuerzo suficiente para verlos.

Reich expone su descubrimiento más asombroso en el artículo «The Natural Organization of Protozoa from Orgone Energy Vesicles» (Organización natural de protozoos a partir de las vejigas de energía orgónica), publicado en el número de noviembre de 1942 de su *International Journal of Sex Economy and Orgone Research*. En este trabajo, acompañado de microfotografías, Reich describe sus observaciones de protozoos formándose espontáneamente a partir de agregados de biones. El bión es otro descubrimiento de Reich. Es la unidad de materia viva, consistente en una membrana que rodea a un líquido y que late con energía orgónica. Los biones se están formando continuamente en la naturaleza en virtud de la desintegración de la materia tanto orgánica como inorgánica. Bajo su microscopio, Reich observó la agrupación de biones formando diversos tipos de protozoos, y posee las fotografías necesarias para demostrarlo. Incidentalmente, las células cancerosas son protozoos que se desarrollan a partir de biones de los tejidos⁴. Ante las arremetidas de los críticos en el sentido de que los protozoos se introducen en sus cultivos desde el aire, o de que ya se encontraban en el material sometido a desintegración en forma de quistes latentes, Reich simplemente responde que no es así, aunque no aporta evidencia alguna de tomar las precauciones adecuadas contra cualquiera de las dos posibilidades.

Los discípulos de Reich frecuentemente lo defienden diciendo: «Aun dando por supuesto que su labor biológica sea altamente sospechosa, hay que admitir que ha realizado grandes aportaciones al campo de la terapia mental» Puede que sea cierto. Pero esta afirmación posee la misma plausibilidad que otra que dijera: «Aun dando por supuesto que el profesor Ludwig von Hoofenmeister esté equivocado en su teoría de que las estrellas son orificios en una esfera opaca que rodea a la tierra, hay que admitir que ha realizado magníficos descubrimientos en su estudio de los rayos cósmicos.»

Quizás se pregunte el lector por qué ningún científico competente ha publicado una refutación detallada de las absurdas especulaciones biológicas de Reich. La respuesta es que el científico informado no se preocupa de este tipo de cosas y, de hecho, dañaría su reputación dedicando su tiempo a una empresa tan ingrata⁵. Por estas mismas razones, apenas un solo clásico en el campo de la «rareza científica» moderna ha provocado una réplica adecuada. La única excepción es la obra del genetista ruso Lysenko, poco importante en sí misma, pero que adquiere una enorme significación al intensificar cierta paranoia cultural y destacar de forma drástica el conflicto entre una ciencia relativamente libre y otra rígidamente controlada.

El científico ermitaño suele ser ignorado. Ninguna autoridad eminente se ha molestado nunca en «refutar» el *Ragnarok*⁶ de Ignatius Donnelly o su obra aún más concienzuda sobre la Atlántida. Nadie ha refutado tampoco el brillante volumen de Piazzzi Smyth sobre la Gran Pirámide de Egipto, ni la teoría del capitán John Simmes sobre la oquedad de la tierra, ni el *Omphalos* de Philip Gosse. Esta última obra, escrita por el padre de Edmund Gosse, defendía que lo mismo que Adán y Eva fueron creados con ombligo, lo que indicaba cierto acontecimiento pasado que no había ocurrido, así también el mundo fue creado con un registro fósil de una historia geológica pasada que nunca tuvo lugar. De hecho, la teoría es irrefutable y en consecuencia mucho más sólida que las ideas de Velikovsky o Price, e inspiró a Bertrand Russell varias ilustraciones felices de principios epistemológicos.

De vez en cuando la obra de un ermitaño brillante influye sobre un filósofo o escritor, que produce un libro o ensayo en su defensa (por ejemplo, *The Art of Seeing* [El arte de ver], 1942, de Aldous Huxley, en defensa del Dr. Bates), pero el científico profesional prefiere ignorarlo, o quizás estudiarlo con divertida tolerancia. Dicha negligencia, por supuesto, tan sólo contribuye a fortalecer las convicciones del autodeclarado genio. «Mi anterior tratado sobre esta materia — escribe Price en una obra posterior, *The Phantom of Organic Evolution* (El fantasma de la evolución orgánica)—, no ha sido contestado.» Y no lo será. Pero sí

ha sido ignorado, y probablemente seguirá siéndolo, porque muy pocos hombres de ciencia tienen la paciencia suficiente como para seguir con atención una línea argumental completamente nueva, basada en hechos poco conocidos. Y Velikovsky ha señalado con arrogante condescendencia (*New York Times Book Review*, 2 de abril de 1950, p. 12): «si no fuera por mi gran formación psicoanalítica, hubiera dispuesto de unas cuantas palabras desagradables para mis críticos».

Así pues, probablemente ningún científico importante se presentará ante el aturdido público con pruebas detalladas de que la tierra no se detuvo dos veces durante su rotación en la época del Antiguo Testamento, o de que las neurosis no guardan relación con las experiencias del embrión en el útero materno. La actual racha de discusión en torno a Velikovsky y Hubbard pronto decaerá, y sus libros empezarán a acumular polvo en los estantes de las bibliotecas. Quizá Tiffany Thayer los designará miembros honorarios de la Fortean Society, notable institución dedicada a los escritos de Charles Fort, e igualmente a la frustración de la ciencia y al asilo de causas perdidas.

Anexo

Este fue mi primer artículo sobre pseudociencia. Provocó el hecho de que un agente literario me llamara y me persuadiera de que me extendiera sobre el tema en un libro, *In the Name of Science* (En el nombre de la Ciencia), publicado por Putnam en 1952. El libro se agotó en seguida, y pronto fue reeditado por Dover en edición rústica y con el título *Fads and Fallacies in the Name of Science* (Modas y falacias en el nombre de la ciencia). La edición de Dover se convirtió en algo parecido a un *best-seller*, sobre todo como resultado de los repetidos ataques de que fue objeto el libro por parte de los invitados de una tertulia radiofónica de la Long John Nebel. Recuerdo una vez en que sintonicé la emisora a las 3 de la madrugada, mientras me disponía a dar el biberón a mi hijo recién nacido, y escuché una voz que decía: «Mr. Gardner es un embustero.» Era John Campbell, Jr., editor de *Astounding*

Science Fiction, expresando su ira hacia el capítulo que yo había dedicado a la dianética.

En mi artículo en *Antioch Review* me equivoqué claramente a la hora de predecir que el interés por Velikovsky y Hubbard «pronto decaería». Hoy, treinta años más tarde, el difunto Immanuel Velikovsky continúa teniendo toda una banda leal de acólitos mentecatos, y la dianética, que formaba parte de la nueva «religión» de Hubbard, la cientología, constituye la espina dorsal de uno de los cultos papanatas más grandes de la nación. Muchos libros han atacado la cientología, y la Iglesia ha hecho todo lo que ha podido por desacreditarlos y difamar a sus autores. Para conocer la terrible e increíble historia de la forma en que la Iglesia se las ingenió para castigar a Paulette Cooper por su libro *The Scandal of Scientology* (El escándalo de la Cientología), véase el *New York Times*, 22 de enero de 1979, y «Scientology: Anatomy of a Frightening Cult» (Cientología: anatomía de un culto alarmante), publicado por Eugene H. Methvin, en mayo de 1980, en *Reader's Digest*. El culto continúa atrayendo a tipos del mundillo del espectáculo, como John Travolta, que saben de la ciencia incluso menos que Ronald Reagan.

Como los cientólogos creen en la reencarnación y poderes paranormales, este culto ejerce una fuerte atracción sobre psíquicos autodidactas e investigadores de las fuerzas psíquicas. Ingo Swann y el ya fallecido Pat Price, dos de los psíquicos más importantes considerados «auténticos» por Harol Puthoff y Russell Targ de Stanford Research International, eran ardientes cientólogos (Swan todavía lo es). El propio Puthoff fue antaño un elemento activo dentro de la cientología (véase capítulo 30) y se casó por esta Iglesia. Hoy día, cuando este culto es objeto de seria persecución por parte del gobierno federal, y de otros gobiernos de todo el mundo (Francia tiene autorización para detener a Hubbard), Puthoff ha tratado de minimizar su antiguo entusiasmo hacia él.

Aunque el nombre de George M. Price resulta poco familiar para la mayoría de la gente, sus infantiles ideas geológicas continúan apuntalando los nuevos libros de los creacionistas protestantes. *The Genesis Flood* (El diluvio del Génesis), de John

C. Whitcomb, Jr., y Henry M. Morris (1961), constituye un ejemplo notable. Esta aterradora monografía de 518 páginas no es más que puro Price, aunque casi nunca se le nombre.

Velikovsky quedó enormemente impresionado por Price, y los dos chiflados se cartearon. En *Earth in Upheaval* (La Tierra en pleno cataclismo) se encuentran numerosas citas de, y referencias a, los estúpidos libros de Price. La mayoría de los lectores podrían suponer que Velikovsky estaba citando a un célebre geólogo. Price no tenía formación alguna en materia de geología. Comenzó su carrera como conserje y chico de los recados en un colegio adventista de Loma Linda, California, donde ayudaba a poner ladrillos para levantar edificios. El colegio finalmente le proporcionó un título académico. La mejor referencia bibliográfica sobre Price publicada hasta la fecha es *Crusader for Freedom* (El paladín de la libertad), de Harold W. Clark, editada por la eclesiástica Pacific Press en 1966.

Resultaría interesante saber exactamente lo que Velikovsky pensaba sobre la evolución. Sus libros tan sólo arrojan vagos indicios. Quizás algún día aparezca una publicación póstuma de sus importantes opiniones sobre este punto. Los admiradores de Velikovsky levantan oleadas de protesta siempre que yo sugiero que su judaísmo ortodoxo influyó mucho en la configuración de sus tareas, pero sigo considerando sus motivaciones notablemente similares a las de Price. (Para ahondar en este tema, véase capítulo 37.) Marcello Truzzi, en el número de abril de 1979 (3-4) de su *Zetetic Scholar*, presentaba un «diálogo» sobre Velikovsky mantenido por diez autores, unos defendiéndole y otros atacándole. ¿Se podría suponer a partir de este debate académico que Velikovsky desafió a la comunidad científica [¿...?]

El culto a la orgonomía de Reich parece estar desvaneciéndose (¡podría equivocarme!), aunque la mayoría de sus libros se están volviendo a editar, y continúan apareciendo discípulos suyos entre escritores, artistas y gente del mundo del espectáculo como Orson Bean. Durante los últimos años se han escrito numerosos libros sobre él, unos a favor y otros en contra. Su hija, Eva Reich,

pediatra en Hancock, Maine, trabaja activamente en la divulgación de la organomía. El artilugio para hacer llover de su padre —unos enormes tubos que inyectan energía orgónica en las nubes— se encuentra delante de su patio. Durante un tiempo estuvo utilizando acumuladores de energía orgónica para tratar a niños de un hospital para bebés prematuros de Harlem; pero, tras una propuesta por parte del director del hospital de que lo dejara o se fuera, eligió dejarlo.

Eva está firmemente convencida de que las influencias psíquicas humanas son energía orgónica. Véase la larga y triste entrevista de Lynn Franklin, «Like Father, like Daughter» (De tal palo, tal astilla), en el *Maine Sunday Telegram*, 22 de junio de 1980. Según *Newsweek* (13 de diciembre de 1976): «Durante veinte años, Eva Reich ha estado ocultando microfilms de partes de trabajos de Reich en una cueva llena de hongos de las montañas Catskill. Según ella, a menos que intervengan los tribunales, piensa revelar estos secretos al mundo.»

Acaba de caer sobre mi mesa un libro tonto *The Quest for Wilhelm Reich* (En busca de Wilhelm Reich), de Colin Wilson (Doubleday, 1981). Pobre Colin. Prometía mucho como joven escritor británico, antes de pasarse a las patrañas de lo paranormal. Wilson considera a Reich como un loco, pero, no obstante, también como un genio, cuyo descubrimiento de la energía orgónica le coloca al lado de Semmelweis, Mendel y todos aquellos otros grandes científicos que pasaron desapercibidos en su día. No conozco ningún otro libro sobre Reich que merezca menos la pena leer.